
Prólogo: Historia de una amistad

Lo que me gustaría narrar es sobre todo la historia de una amistad. Una amistad como tantas otras, que fluye serena y feliz, entre cuatro muchachos nacidos y crecidos en Polonia a principios del siglo XX. El futuro de los cuatro jóvenes veinteañeros —tres chicos y una chica— prometía ser largo y brillante hasta el día en que la oscuridad se abate sobre ellos. Es 1939, el comienzo de uno de los períodos más aterradores y sangrientos que haya atravesado la humanidad. La Segunda Guerra Mundial. La Shoah. Europa atormentada: primero por el nazismo, con sus campos de exterminio, y después el comunismo, con sus pogromos y gulags.

Los cuatro protagonistas de esta historia viven el drama de los hechos en su propia piel. Hasta el punto de que la historia de sus problemas, incluso en su microcosmos, se convierte en un paradigma de la catástrofe que habría golpeado en poco tiempo a Europa.

Al principio, el destino de estos personajes parece alejarse y seguir diferentes caminos, cada vez más distantes; solo al final —como si todo ya hubiera sido escrito— se cruzan de nuevo. Pensaron que estaban todos muertos y, en cambio, ¡se redescubren vivos! Y el deseo de volver a encontrarse, incluso después de décadas, está más ardiente que nunca.

Su amistad resulta ser más fuerte que un lazo de sangre, más fuerte que una paz de posguerra, nacida ya frágil, e incluso dividiendo. Un vínculo duradero e inseparable. ¡Una historia extraordinaria! Tan poderosa como una novela, tan histórica como verdadera. De su intensidad emocional y evocadora se libera un valor cargado de testimonio, que espero pueda servir de inspiración para todos nosotros, no solo en referencia a un pasado que no se debe olvidar, sino también a un presente en el que antiguas y nuevas violencias, antiguas y nuevas intolerancias parecen volver

en cada tipo de relación, entre personas, pueblos y naciones.

En definitiva, una historia que resulta de una actualidad impresionante por ser emblema de hermandad: esa hermandad, que también se puede percibir entre hombres y mujeres de diferentes religiones. Estos son los nombres de los cuatro amigos: Jurek y Lolek son los nombres cariñosos con los que se conocía a Jerzy, Jerzy Kluger, y a Karol, Karol Wojtyla; y luego, está Kurt, Kurt Rosenberg, y está Ewa, cuyo apellido ha permanecido desconocido.

¡Ay! Estaba a punto de olvidarme, tres judíos y un católico. He dicho todo lo que me parece importante y conveniente decir, antes de empezar a contar esta aventura.

GIAN FRANCO SVIDERCOSCHI